



Paz y Bien



XXVII Domingo durante el año.
2-X-2005

Textos:

Is.: 5, 1-7.

Fil.: 4, 6-9.

Mt.: 21, 33-46.

“La Viña del Señor es su pueblo” (Ant. del Salmo Responsorial).

La parábola de los “viñadores perversos”, se refiere en primer lugar al comportamiento de Israel. Pero la parábola no estaría en el Evangelio si no afectara de alguna manera a la Iglesia, pues “la viña del Señor es su pueblo” como reza la antífona del Salmo Responsorial.

Isaías nos habla de la “decepción” de Dios, frente a la infidelidad de Israel: “¿Qué más se podría hacer por mi viña que yo no lo haya hecho?”; y Mateo la decepción por los malos viñadores, que cultivan su viña.

Al aplicar la parábola a nuestra vida, ella nos recuerda el riesgo que la Iglesia y los que la componemos corremos de alejarnos del Dueño de la viña o maltratar al campo que el Señor nos confió.

La Iglesia se aleja de Dios cuando, en vez de alabarle y adorarle, corre constantemente tras dioses extraños, y da motivo a San Pablo a decir: “Me temo que, igual que la serpiente sedujo a Eva con astucia, se pervierta vuestro modo de pensar y abandonen la entrega y fidelidad al Mesías” (II Cor. 11, 3).

Hermanos, la Iglesia que es la Viña, sufre permanentemente la tensión entre el ideal, el prototipo, de cómo fue pensada por el Padre, como nació del corazón del Hijo y de la vida que la trasmite el Espíritu; y su encarnación histórica, limitada y frágil. La Iglesia: realidad humana e histórica, pero al mismo tiempo institución divina y misterio de la fe.

La Iglesia no está separada del mundo, sino que vive en él, recibe su influjo y respira su cultura dominante. Este contacto íntimo de la Iglesia con la sociedad temporal crea esta situación problemática y tensionante. Debe evitar continua y valerosamente cuanto pueda engañarla, profanarla, sofocarla, tratando de inmunizarse del contagio del error y del mal.

Todo esto “impone a la Iglesia un perenne examen de vigilancia” (Pablo VI).

Hermanos, “la fascinación de la vida profana (mundana) es hoy poderosísima. El conformismo le parece a muchos ineludible y prudente. Quien no está bien arraigado en la fe (...) fácilmente piensa que ha llegado el momento de adaptarse a la concepción profana (mundana) de la vida, como si ésta fuese la mejor, la que un cristiano puede y debe apropiarse” (E. S. 50).

Hoy la Viña del Señor se ve amenazada en la mentalidad y en el corazón de cada bautizado, cuando se abre al influjo del naturalismo que amenaza vaciar la concepción original del cristianismo; el relativismo que todo lo justifica y todo lo califica como de igual valor, atenta el carácter absoluto de los principios cristianos; la costumbre de suprimir y de excluir todo esfuerzo en la práctica ordinaria de la vida” (Id. 51), afecta a la ascética cristiana.

Esta viña que es la Iglesia, y que somos y conocemos, está llena de imperfecciones y de deformaciones. La Iglesia histórica y terrestre, está compuesta de hombres débiles, falaces y pecadores; los hombres y mujeres que la componemos estamos hechos de la arcilla de Adán, podemos ser pecadores y con frecuencia lo somos.

Pero no debemos olvidar esta tensión entre la santidad y el pecado, ya que ella es santa en sus estructuras, y puede ser pecadora en los miembros humanos que la componen; es santa en búsqueda de santidad; es al mismo tiempo penitente y santa; santa en sí misma, enferma en los hombres que formamos parte de ella.

Este hecho de la enfermedad moral en tantos hombres de Iglesia es una terrible y desconcertante realidad. Pero eso no cambia la otra realidad que existe en el designio de Dios y que en parte está realizada en los elegidos: la estupenda santidad de la Iglesia. Esto, en lugar de dar origen al escándalo o al desprecio, debería dar origen a un amor mayor, el amor que tenemos por las personas queridas, cuando están enfermas. Y este amor lo define Pablo VI así: “Para que la Iglesia sea santa, debemos ser santos nosotros, es decir debemos comportarnos como hijos suyos dignos, fuertes y fieles de verdad” (20-X-1965).

Hermanos al juzgar a la Iglesia, debemos tener una gran “delicadeza filial” (H. de Lubac).

“Cuando se trata de la Iglesia, no debemos juzgar de avance y de retroceso, de éxito y de fracaso como juzgamos las cosas que son puramente temporales. El bien sobrenatural del que ella es la artesana en este mundo llega a su última y completa realización en lo invisible. Y se cosecha en lo eterno” (H. de Lubac, “Meditaciones sobre la Iglesia”).

Hermanos, “Ella, como Cristo debe estar en agonía hasta el fin del mundo” (Pascal).

Frente al dolor que en la Iglesia causa el pecado que engendra “frutos agrios”, no debemos desalentarnos, “no se angustien por nada -dice San Pablo- y en cualquier circunstancia, recurran a la oración y a la súplica...” (Fil. 4, 6-9).

Hermanos, pidamos al buen Dios que envíe buenos y generosos viñadores, a esta viña del Señor que es la Iglesia.

La súplica que Santa Catalina de Siena, en tiempos también difíciles (S. XIV), le dirigía al papa Gregorio XI, la podemos elevar nosotros, hoy a Jesús:

Señor: “Plantad en este jardín flores perfumadas,
Pastores y prelados que sean verdaderos
Siervos de Jesucristo, que no aspiren
a más sino a la honra de Dios y la salud de las
almas y que sean padre de los pobres”.
(S. Catalina: “Carta I a Gregorio XI, 1370-1378).

Amén.

G. in D.